

P. Mauro-Giuseppe Lepori OCist

¿Qué formación necesitamos?

Se me ha pedido que hable principalmente sobre el tema de la formación. Intentaré transmitir algunas reflexiones desde mi propia experiencia, por tanto, especialmente, en el contexto de la vida de mi Orden, que en estos 14 años como Abad General he llegado a conocer de cerca en los diversos continentes y culturas en los que está extendida. Puesto que estáis en vísperas de la elección de un nuevo Abad Primado, me centraré un poco más concretamente en las experiencias y sentimientos que vivo y experimento en este ámbito en relación con la situación actual de las comunidades que visito y de los monjes y monjas con los que me encuentro. Sé que ahora en las distintas Órdenes vivimos más o menos las mismas experiencias, los mismos retos, los mismos motivos de alegría, de esperanza, pero también de decepción y preocupación respecto al futuro.

Siempre discípulos

Desde que entré en el monasterio, hace 40 años, tengo claro que ser monje y ser discípulo son identidades que coinciden. Pero también, desde que soy abad, es decir, desde hace 30 años, puedo decir que es lo mismo: ser abad y ser discípulo, ser padre y ser hijo, formar y ser formado, son la misma cosa, o deberían serlo. Y cuando esta coincidencia no se da, o no es al menos deseada y por tanto reavivada, el resultado es una triste esterilidad.

En el año de mi noviciado, vi regresar a Dom Sighard Kleiner a Hauterive, después de 35 años de ministerio en Roma, principalmente como Abad General. Para nosotros, jóvenes, su presencia en medio de nosotros fue una gran ayuda en la formación, no sólo y no tanto por los cursos que pudo ofrecernos, sino porque a sus más de 80 años y después de tantos años de gobierno de la Orden, y de participar en el Concilio Vaticano II, era todavía y siempre un discípulo en medio de nosotros, un monje que cada día escuchaba, leía, meditaba.

Este ejemplo permanece impreso en mí y me interpela, hoy más que nunca, a un examen de conciencia sobre lo que en mi ministerio, o en el de los superiores y superiores con los que camino, se muestra estéril, ineficaz, incapaz de generar vida, de sostener verdaderamente a los más frágiles (y hoy todos son frágiles), de acompañar un camino que, a pesar de las dificultades, avance y no se detenga en las aguas estancadas de la autorreferencialidad, del narcisismo caprichoso o de la mundanidad siempre insatisfecha.

Sabemos que no faltan, en la Iglesia y en nuestras Órdenes, llamadas constantes a la formación permanente de los superiores y de todos los miembros de nuestros Institutos. No faltan ofrecimientos de cursos, herramientas, materiales y colaboraciones para favorecer nuestra formación permanente. Resultados

positivos, los hay. Pero también tantas decepciones, tantos abandonos, a veces absurdos en sus motivaciones y modalidad. Su frecuencia quizá nos ha llevado a dejar de sorprendernos. Pero al menos deberíamos preguntarnos qué nos pide todo esto, a qué nos invita, a qué conversión nos induce.

Más positivamente, podemos preguntarnos: ¿qué impulsa a tantos monjes y monjas ancianos a seguir siendo discípulos a la escucha, sedientos de formación y de conversión, como decía a propósito de Dom Kleiner? A menudo simplemente nos alegramos con ellos por la frescura de espíritu que conservan hasta una edad avanzada, esperando que también a nuestros cerebros, que nos parecen ya cansados y poco elásticos, les esté reservada la misma suerte. Pero, ¿es esto realmente lo que hace discípulos incluso en la vejez? En realidad, hay monjes y monjas ancianos que siguen siendo discípulos a pesar de la disminución de las facultades físicas e intelectuales necesarias para leer y aprender.

No disociar formación y vocación

No, el verdadero secreto de estos discípulos eternos no se da a nivel cerebral, sino espiritual. Su secreto consiste en no disociar la formación de la vocación. No tanto de la vocación a ejercer algún servicio o ministerio particular, sino de la vocación a seguir al Señor por el "camino de la vida" que Él, "en su misericordia", ha elegido para cada uno de nosotros llamándonos a la vida monástica según san Benito (cf. RB Prol. 20).

De esta inherencia constante y total de la formación a la vocación está impregnada la Regla de San Benito, no es ciertamente a vosotros a quien debo enseñároslo. Tanto es así que para seguir la vocación monástica, San Benito no dice que funda un monasterio, sino una *schola* del servicio del Señor (RB Prol. 45). Todos, desde el novicio hasta el abad, deben formarse siempre escuchando la Palabra de Dios y de la Iglesia. No se trata sólo de una formación previa, que se adquiere al principio y de cuya renta se podrá vivir, sino de una actitud constante, porque Cristo nos llama a seguirlo ahora como nos ha llamado al inicio. Si el abad debe saber sacar de la Palabra de Dios cosas viejas y cosas nuevas (RB 64, 9), esto significa que debe seguir escuchándola hoy como ayer. La novedad, incluso cuando es el brote de una raíz antigua, brota siempre de un don que emana del Espíritu Santo. La novedad es el acontecimiento original que permanece presente y vivo para nosotros y para todos. El manantial es el origen que permanece presente, que brota ahora, y sólo extrayendo ahora se puede transmitir a los demás un agua que permanece fontal, pura y fresca.

La disociación entre formación y vocación me parece el error educativo más extendido hoy, como lo fue en otros tiempos de crisis en la vida monástica, pero también en la vida religiosa en general, por no hablar de toda la vida cristiana. Es como si se pretendiera seguir al Maestro sin escucharle, sin aprenderlo todo de Él, sin implorar: "¡Señor, enséñanos!", y no sólo "a orar" (Lc 11,1), sino a vivir, a vivir una vida que es el principio de la vida eterna en esta vida.

Es como si no escucháramos a Cristo que, llamándonos, eligiéndonos como discípulos, nos dice: "Aprended de mí... y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mt 11,29).

¿Qué significa aprender de Cristo? ¿Por qué, incluso cuando estudiamos teología u otras materias útiles y, ¡entendámonos!, necesarias para nuestra vida, es como si lentamente nos deslizáramos fuera de la "escuela del servicio del Señor", es como si nos alejáramos, como el joven rico, del Maestro manso y humilde de corazón? ¿Qué temor nos da esta escuela, este Maestro siempre paciente, siempre dispuesto a repetir sus lecciones, que no toma exámenes, no pone notas, no nos hace repetir la clase? ¿Y por qué, sobre todo, simulamos estar en Su escuela, aprendiendo Sus cosas, Sus temas, Sus palabras, Su moral, Su filosofía de vida, pero como si prefiriéramos atender a maestros que nos hablan de Él en vez de a Él que nos habla?

Formar en interés de Cristo

La sutil infidelidad que se insinúa en la formación que ofrecemos o recibimos consiste, en última instancia, en querer ser sus discípulos sin aceptar renunciar a nuestro proyecto de vida. Decir sí a la vocación y ser verdaderamente discípulos de Cristo no es posible sin entrar, al menos como deseo, en su proyecto sobre nosotros, que corresponde al designio del Padre de hacernos hijos suyos en su Hijo unigénito. Cristo es nuestro Maestro para conducirnos a esta plenitud de vida en Él, junto al Padre, en el don del Espíritu. Cristo nos pide una renuncia a nuestro proyecto, en definitiva ilusorio sobre nosotros mismos, para entrar en la realidad de la vida que Él, resurrección y vida de la vida, es para nosotros, si le seguimos.

Tengo la impresión de que es en este punto donde todos nos hemos desviado del camino trazado por el Maestro y Señor, olvidando que su primera lección de vida y vocación es el lavatorio de los pies, su cátedra la Cruz, su sabiduría la mansedumbre y humildad de su Corazón. Nos hemos desviado de este camino con una imperceptible pero progresiva conformidad al mundo, a sus proyectos, a su idolatría del éxito, de la autorrealización. Confieso que cada vez más a menudo, mirando las comunidades, los jóvenes que entran y permanecen, el modo de gobernar de ciertos superiores, etc., me encuentro exclamando con san Pablo: "En realidad, cada uno busca sus propios intereses, no los de Jesucristo" (Filipenses 2, 21).

Entendámonos, siempre ha sido así, si ya lo dice San Pablo. El problema es cuando ya no nos damos cuenta, cuando ya no sentimos la búsqueda de nuestros propios intereses como una infidelidad de la que nuestro corazón necesita convertirse una y otra vez hasta el final. El problema es, sobre todo, cuando llegamos a identificar nuestra vocación con la búsqueda de nuestros propios intereses, sin pensar siquiera que Cristo pueda tener otros intereses distintos que nuestros mezquinos intereses individuales. El problema es cuando queremos atraer vocaciones al monasterio con una propaganda que en el fondo no promete más que autorrealización narcisista, como puede hacerlo cualquier gimnasio o cualquier universidad para hijos de papá.

Estamos muy lejos de las exigencias de la Regla respecto a la recepción de vocaciones: dejar que llamen a la puerta 4 o 5 días, reaccionando con insultos y obstáculos (cf. RB 58:3), y luego comprobar si el novicio está dispuesto y es solícito "*ad obprobria*" (58,7), es decir, a todo aquello que en el monasterio contrastará poco o mucho con sus gustos y proyectos.

El centro de la preferencia

Sabemos que San Benito -siempre atento a no romper el vaso por raer demasiado la herrumbre y a no quebrar la caña cascada (cf. RB 64, 12-13)-, no exige esta resistencia como prueba de fortaleza estoica, sino como preferencia de Cristo, como prueba de amor a Él. Quien está verdaderamente enamorado, no cede ante los obstáculos que le separan de la persona amada.

¿Es tal vez también en esto en lo que nuestra formación ha perdido su brújula? ¿No hemos perdido quizás la mística de Cristo Esposo Amado, de Cristo plenitud del corazón y de la vida? ¿No hemos perdido quizá el sentido de Cristo como Aquel que nos es más querido (RB 5,2)? ¿Formamos aún en la mística de la preferencia de Cristo sobre nosotros mismos, como verdadera y real plenitud de nuestro yo, de nuestra vida?

Cuando perdemos esto, todo se desequilibra. Al descuidar el eje y el centro de la vocación, Cristo que nos llama a sí, perdemos inevitablemente la orientación y la unidad de todo lo que la vocación comporta. Ya no sabemos más cómo regular todos esos fragmentos que sólo tienen sentido si un centro los ordena y armoniza, dando a cada fragmento su tarea, su función y su regulación en relación con el todo. Cuando veo el empeño de tantos superiores y comunidades por regular el uso de internet y las redes sociales, me pregunto si el problema no es mucho más general: ¿estamos seguros de que otros elementos de nuestra vida, como el trabajo, las relaciones, el descanso, la propia liturgia, están ya integrados armónicamente en una vida centrada en Cristo? Si Cristo no es el centro, incluso la Eucaristía se convierte en un fragmento que no encuentra su lugar ni su función.

Por eso, san Benito estableció que la escuela de la vida monástica sea una comunidad en la que la liturgia y el abad sean los que siempre señalen a Cristo como centro de la vida, llamando y educando a acordarse de Él, a volver a Él, a vivir todo para Él, con Él y en Él.

La Regla forma para sentirse llamado a Cristo y por Cristo en cada momento y aspecto de la existencia. Para cada aspecto de la vida, la Regla nos enseña a escuchar una palabra de Dios que nos llama a Él. Formarse para escuchar es lo mismo que formarse para seguir. No hay dicotomía alguna en la Regla entre vocación y formación.

Hace unos meses celebré la visita canónica de nuestro monasterio más numeroso, 216 monjes, en Vietnam. Escuchamos a 186 monjes. Por primera vez les oí preocupados por el descenso bastante repentino de las vocaciones que se está verificando allí, como en toda Asia. Incluso los más jóvenes viven este fenómeno con

inquietud. A nuestros ojos de occidentales, acostumbrados desde hace décadas a estas vacas flacas, esta preocupación puede parecer sin demasiado fundamento, desde el momento en que tienen todavía cada año más vocaciones que nosotros en quizá 30 años.

Sin embargo, me he dado cuenta de que esta inquietud, este temblor ante un futuro que parece prometer cada vez menos, puede ser signo de un tiempo de gracia que llame a estos monasterios a un salto de conciencia.

Dios nos está llamando a no preocuparnos tanto por las vocaciones como por la vocación. El hecho de tener tantas vocaciones hace muchas veces olvidar la vocación, que es lo único que cuenta, aunque haya muchas vocaciones. Y ésta es una cuestión que toca directamente el tema de la formación. A menudo, como en el pasado en Europa o en América, el abundante número de vocaciones ha llevado a descuidar la formación a la vocación. Pero también la excesiva fragilidad ha llevado muchas veces a descuidar la necesidad de cuidar la vocación hasta el final, porque la vocación se nos da para seguir a Cristo hasta el final.

Para vivir la vocación, ser muchos o pocos no es importante. Si no se cuida la vocación, es inútil ser muchos y triste ser pocos. Si se cuida y se forma la vocación, ser muchos se convierte en una fecundidad agradecida y humilde, llena de responsabilidad, y ser pocos se convierte en una ocasión de ofrenda que se cumple en la fecundidad pascual de la semilla que cae en la tierra y desaparece para dar el mucho fruto que Dios quiere.

Circularidad de los estados de vida

Sin embargo, me gustaría concluir con una reflexión sobre un aspecto que creo que no debemos olvidar cuando pensamos en la formación monástica. El riesgo que todos corremos es el de concebir aisladamente la formación propia al estado de vida cristiana al que estamos llamados en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Esto es así tanto si pertenecemos al estado de vida consagrada, clerical o laical. Como si un órgano de un cuerpo pudiera desarrollarse y funcionar independientemente del cuerpo al que pertenece. Por el contrario, el corazón no puede desarrollarse si no late para todo un cuerpo vivo; la cabeza no puede desarrollar su función de gobierno del cuerpo si no envía impulsos nerviosos a cada miembro y no los recibe de cada miembro. Lo mismo vale para cada miembro con respecto a la cabeza, al corazón y a los demás órganos o miembros del cuerpo.

El impulso sinodal que hoy se busca reavivar en la Iglesia puede ser una excelente oportunidad para recuperar o iniciar en cada estado de vida y vocación una formación sensible a la circularidad complementaria de los estados de vida para la vitalidad de todo el cuerpo eclesial. En definitiva, se trata de dejarse formar por la complementariedad con los demás estados de vida en el único Cuerpo de Cristo.

Me parece que hoy urge recuperar una sana conciencia de esta complementariedad de todos los estados de vida, a partir del bautismo. A menudo se piensa en esta complementariedad sólo como un intercambio de servicios de sustitución (por ejemplo, que los laicos vengán a rezar al coro en lugar de los monjes), o se vive

mordisqueando los espacios de poder propios de cada estado (por ejemplo, cuando se piensa que la promoción de los laicos consiste en su clericalización, o que los religiosos son útiles si asumen una pastoral diocesana). Por el contrario, lo que verdaderamente necesita cada estado de vida es que los demás estados de vida vivan plenamente su vocación y misión específicas. Nosotros necesitamos, para vivir en plenitud la vida religiosa y monástica, que los demás estados de vida, clérigos y laicos, vivan plenamente su vocación. Y cada estado, vivido plenamente, ayuda a los demás a vivir plenamente su estado de vida. En otras palabras, ayuda mucho más a la vida monástica que los laicos se consagren plenamente a la naturaleza secular de su vocación, que esperar que los laicos nos sustituyan en nuestra vocación, descuidando la suya.

La verdadera colaboración es la complementariedad en la que cada estado vive su propia vocación y que cada estado sea consciente y experimente que la vitalidad de quien vive los otros estados es también una realización para ellos mismos. Porque somos miembros diferentes, pero complementarios y coesenciales, de un solo Cuerpo.

Es mucho más fecundo para cada uno y para toda la Iglesia que los monasterios ayuden a los laicos a ser laicos, a los sacerdotes a ser sacerdotes, y que los laicos y los sacerdotes nos ayuden a ser monjes.

Pero incluso para vivir así, necesitamos una formación monástica basada en una conciencia sólida, clara y sobre todo agradecida del misterio de la Iglesia en la cual somos salvados y santificados por Cristo Redentor.